

BIBLIOTECA
DE LA LIBERTAD
FORMATO MENOR

EL PENSAR
COMO CIENCIA

HENRY HAZLITT

EL PENSAR
COMO CIENCIA



Unión Editorial
2023

Título original: *Thinking as a Science*.
E. P. BUTTON & COMPANY,
Nueva York 1916.

© 2023 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 local • 28016 Madrid
Tel.: +34 91 350 02 28
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-895-4
Depósito legal: M. 6.323-2023

Traducido por Eduardo Goligorsky

Coordinación editorial Rodolfo Distel (@rdistel)

Compuesto por #MCHFS
Impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PREFACIO	7
LA QUIEBRA DEL PENSAMIENTO	11
PENSAR CON MÉTODO	17
MEDIDAS DE PRECAUCIÓN	41
LA CONCENTRACIÓN	51
EL PREJUICIO Y LA INCERTIDUMBRE	69
LA DISCUSIÓN Y LA CONVERSACIÓN	87
EL PENSAR Y LA LECTURA	91
ESCRIBIR LOS PROPIOS PENSAMIENTOS	123
CUESTIONES EN LAS QUE VALE LA PENA PENSAR	133
EL PENSAR COMO ARTE	151
LIBROS SOBRE EL PENSAR	157
EPÍLOGO	
EL ARTE DE PENSAR	159
CÓMO ESTUDIAR	160
LENGUAJE Y PENSAMIENTO	161
EL PENSAR SE PERFECCIONA ESCRIBIENDO	166

CÓMO RESOLVER UN PROBLEMA	169
ESPECIALIZACIÓN, PERSEVERANCIA, ANALOGÍA	171
TEMAS EN LOS QUE VALE LA PENA PENSAR	173
LIBROS SOBRE EL PENSAR	176
DISGRESIÓN SOBRE LAS MATEMÁTICAS	179
CIENCIA, FILOSOFÍA Y LÓGICA	181
EL GOCE DE PENSAR	184

PREFACIO

Este libro se publicó por primera vez hace cincuenta y tres años¹, en 1916. El autor tenía entonces veintiuno de edad. En el más de medio siglo pasado desde que apareció aquella primera edición el conocimiento humano se ha «expandido», sobre todo en el ámbito de la ciencia y la tecnología, a una velocidad que no tiene precedentes en la historia. Yo también espero haber aprendido, en el mismo lapso, mucho más que lo que sabía cuando escribí el libro.

De modo que cuando el nuevo editor me sugirió que volviera a publicarlo me sentí muy halagado, pero a la vez, y sobre todo al principio, muy alarmado: asustado ante la perspectiva de exponer mis ideas juveniles, haciéndome no obstante responsable por ellas.

Releí el libro pensando que quizá bastaría con hacerle alguna que otra pequeña corrección a fin de actualizarlo. Descubrí que si quería que el nuevo volumen pusiera al lector en contacto con los valiosos aportes que se han agregado al tema durante el último medio siglo y que además reflejara fielmente mis ideas actuales, había que hacer algo más que corregirlo: tendría que escribir una obra enteramente nueva.

Pero en el curso de la revisión hice otros dos descubrimientos. Comprobé ante todo que mi libro no estaba tan pasado de moda como había temido. Ello se debía, por lo menos en parte, a la naturaleza misma del tema. La mitad del arte de pensar

¹ Este prefacio fue escrito por el autor en 1969. N. del E.

se reduce a respetar escrupulosamente los principios lógicos y matemáticos. Y esos principios no cambian. Es mucho lo que se ha incorporado a la lógica desde la época de Aristóteles y mucho más lo que se ha agregado a la geometría desde el tiempo de Euclides. Pero ni la lógica aristotélica ni la geometría euclidiana están perimidas. Si todos los hombres son mortales y Sócrates es hombre, continúa siendo apodíctico que Sócrates tiene que ser mortal. Dos entes iguales a un tercero continúan siendo iguales entre sí. Dos más dos siguen sumando cuatro. El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo continúa siendo igual a la suma del cuadrado de los catetos.

El rápido desarrollo experimentado por la lógica durante el último siglo no ha demostrado que la lógica aristotélica no sirva. Lo que ha ocurrido es que, para decirlo con las palabras del filósofo norteamericano Morris R. Cohen: «Si bien los elementos esenciales de la lógica aristotélica no han sido derribados ni conmovidos, los trabajos de Boole, Peirce, Schröder, Frege, Russell, Whitehead y una multitud de colegas más han producido un cálculo de clases y otro de proposiciones respecto de los cuales la teoría aristotélica del silogismo no ocupa más que una minúscula parcela»².

Lo mismo podría decirse de la geometría de Euclides. Contrariamente a lo que suponen muchas personas que solo tienen un conocimiento superficial del tema, las diversas geometrías no euclidianas no han desautorizado la geometría euclidiana, sino que la han complementado. La nueva matemática no ha desplazado a la antigua, sino que la ha colocado en un contexto más vasto. Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo no desmintió la existencia del Viejo.

Del mismo modo, casi todo lo que se ha descubierto en el último medio siglo sobre el arte de pensar enriquece, pero no anula, lo que ya se sabía. El libro de John Locke, *Conduct of Understanding*, si bien se publicó en 1706, todavía contiene muchos materiales de inestimable valor. Lo mismo se aplica a los clásicos incluso anteriores de los grandes filósofos: el *Novum Organum*

2 A Preface to *Logic*, New York, Holt, 1944, p. IX.

(1620), de Francis Bacon; el *Discours de la méthode* (Discurso del método, 1637), de René Descartes, y sus *Regles pour la direction de l'esprit* (Reglas para la dirección del espíritu, 1629); y el *Tratado sobre la reforma del entendimiento* (1662), de Baruch Spinoza.

He dicho hace un momento que al releer mi original hice dos descubrimientos. El segundo, íntimamente vinculado a la comprobación de que mi libro no estaba tan obsoleto como había temido, fue el siguiente: aunque es cierto que si hoy tuviera que escribir sobre el mismo tema pensaría en confeccionar un libro completamente nuevo, el reciente solo eclipsaría al antiguo en muy escasa medida. Porque lo que querría escribir hoy sería un curso *superior* sobre el arte de pensar, en tanto que el primero fue en realidad un curso preliminar. Un libro sobre álgebra no descalifica necesariamente a un libro sobre aritmética, y el álgebra superior no reemplaza al álgebra elemental, sino que edifica sobre la base que ella le suministra.

En consecuencia, al presentar esta nueva edición de mi libro, opté por una solución intermedia: introduje en el texto original modificaciones mínimas, que se podrían haber redactado en una página o dos. La mayor parte de ellas son de índole puramente formal, y pertenecen a la categoría de las que habría introducido en ocasión de una nueva corrección de pruebas de la primera edición. En lo que al fondo se refiere, he conservado muchos asertos que hoy me gustaría cambiar, y su enmienda ha quedado relegada al epílogo.

Pienso que el criterio elegido tiene varias ventajas. Permite que el lector sepa cómo fue el libro en su primera edición.

Y aunque tengo plena conciencia de las múltiples limitaciones de mi obra de juventud, sospecho que posee algunas virtudes que quizá se le escaparían a un libro totalmente nuevo que yo pudiera escribir hoy acerca del mismo tema. Entre ellas cabría consignar su entusiasmo juvenil, su tendencia a encarar el pensamiento como una gran aventura, como una expedición audaz en la que se invita a participar al lector. Mi intención primordial fue la de enseñarme *a mí mismo* a pensar con más eficiencia, autonomía y, de ser ello posible, originalidad. Ya había intuito que «Quien enseña, aprende». Estaba decidido a ser muy

honesto con mi lector y a no emplear con él ningún argumento que no me convenciera a mí mismo, así como a no proponerle ningún método o técnica que yo no hubiera experimentado o, por lo menos, que no pensara experimentar por mí mismo. En aquella época desconfiaba tanto como ahora de la pura retórica y de todo voluntarismo del género «puedes-hacer-todo-aquello-en-lo-que-te-empeñes». Espero que mi entusiasmo y emoción se hayan contagiado a algunos de mis primitivos lectores.

Esta ha sido una de las razones de que haya introducido cambios mínimos en la primera edición y optado más bien por añadir, a modo de epílogo, una reseña bastante extensa de las modificaciones y agregados que haría hoy si hubiese de escribir un libro totalmente nuevo sobre el tema. En vez de «Epílogo», ese nuevo material podría haberse titulado incluso «Segunda parte». El orden elegido tiene, además, una ventaja innegable para el lector: coloca el «Curso superior» donde corresponde, o sea a continuación del «Curso elemental».

El autor también se beneficia con este ordenamiento. Si el lector encontrará en el texto original algo de lo que discrepase radicalmente, la existencia del apéndice podría atenuar o aplazar su irritación induciéndolo a pensar: ¡Espera, espera! ¡Quizá todo se arregle en el epílogo!

H. H.

LA QUIEBRA DEL PENSAMIENTO

Todos sabemos que en el mundo hay males que es necesario subsanar. Todos tenemos ideas muy categóricas acerca de la naturaleza de esos males. Pero la mayoría de nosotros opina que uno de ellos, en particular, se destaca vívidamente por encima de los demás. En verdad, algunos ven ese mal con tanta nitidez que olvidan todos los restantes, o los interpretan como consecuencias naturales de lo que a su juicio es el mal primigenio.

El socialista piensa que ese mal es el sistema capitalista; el partidario de la Ley Seca opina que es la intemperancia; la feminista asegura que es el sometimiento de las mujeres; el sacerdote conceptúa que es el debilitamiento de la religión; el pacifista cree que es la guerra; el republicano fanático, que es el Partido Demócrata, y así sucesivamente, hasta el infinito.

También yo tengo mi mal favorito, al que en los momentos de mayor vehemencia tiendo a atribuir todos los demás. Ese mal es la quiebra del pensamiento. Y cuando digo pensamiento me refiero al pensamiento real, autónomo, riguroso.

Usted protesta. Dice que hoy los hombres piensan más que nunca. Saca el anuario para demostrarme con estadísticas que el analfabetismo está en baja. Señala nuestras magníficas bibliotecas. Destaca la proliferación de libros. Demuestra, sin dejar asomo de duda, que actualmente se lee más que en cualquier otro momento de la historia.

Así es, en efecto. Pero ahí está precisamente el problema. La mayoría de la gente, cuando tropieza con un problema, experimenta en seguida el deseo irreprimible de «informarse» al respecto. Cuando esas personas se atascan mentalmente, lo pri-

mero que hacen es correr en busca de un libro. Confiéselo. Al ver en una sala de espera o en un vagón de ferrocarril que todos cuantos lo rodean están leyendo y que usted no tiene material de lectura, ¿no ha experimentado a menudo el deseo de tenerlo... es decir, de poseer algo en que «ocupar la mente»? ¿Y se le ocurrió alguna vez que usted posee la facultad de ocupar su mente y de hacerlo con mucho más provecho que el que sacan todos esos asiduos lectores? En síntesis, ¿alguna vez se le ocurrió a usted *pensar*?

Claro que usted ha «pensado»... en cierto sentido. Por pensar se entienden muchas cosas diferentes. Es posible que haya mirado por la ventanilla del tren al deslizarse a lo largo de un prado y que haya imaginado que aquel podría ser un campo excelente para jugar al béisbol. Entonces «pensó» en cuando usted jugaba al béisbol, quizá «pensó» en un determinado partido, «pensó» en cómo realizó una jugada espectacular o falló lamentablemente, y en cómo un día empezó a llover en medio del partido y el equipo se había tenido que refugiarse en el cobertizo de los coches. Entonces «pensó» en otros días de lluvia que por una u otra razón se hicieron particularmente vividos, o quizá su mente pasó a considerar el estado del tiempo que imperaba en aquel momento y su probable duración... Y, claro está, en cierto sentido usted «pensaba». Pero cuando empleo yo la palabra pensar me refiero al pensamiento que se encamina hacia una meta, que persigue un fin, que trata de elucidar un problema. Me refiero a la forma de pensamiento que estamos obligados a practicar cuando decidimos el plan que adoptar, cuando elegimos tal vez el trabajo al que habremos de consagrarnos durante todo el resto de nuestra vida; al tipo de pensamiento que nos imponían en nuestra juventud cuando teníamos que resolver un problema matemático o cuando estudiábamos psicología en la universidad. No me refiero al «pensamiento» fragmentado, ni al hecho de sustentar opiniones minúsculas sobre esto o lo otro. Me refiero al pensamiento que encara problemas importantes ajenos al ámbito de nuestro estrecho bienestar personal. Esa es la forma de pensamiento que hoy es tan poco usual... ¡y que necesitamos desesperadamente!